

Los buques negreros transportaron con los hombres, mujeres y niños africanos, sus dioses, creencias y tradiciones, que configuraron LA TERCERA RAÍZ DE AMÉRICA



MANIFIESTO DE INTELLECTUALES ANTILLANOS

Esto sólo puede significar: ha llegado la hora de abandonar todas las viejas rutas y no que no hay ruta de salida.

Aimé Césaire. Texto extraído de su Carta a Maurice Thorez, 1956.

En solidaridad plena y sin ninguna reserva saludamos al profundo movimiento social instalado en Guadalupe, luego en Martinica, y que tiende a expandirse en las Guyanas y en Reunión. Ninguna de nuestras reivindicaciones es ilegítima. Ninguna es ni más irracional ni más desmesurada que los engranajes del sistema al cual se confronta. Ninguna de ellas puede, entonces, ser desestimada en lo que representa ni en lo que implica en relación al conjunto de las otras reivindicaciones. Ya que la fuerza de este movimiento es el haber sabido organizar en una misma base lo que hasta el momento parecía disjuncto, aislado en el balbuceo de ciertas categorías; a saber, las luchas hasta el momento inaudibles en la administración pública, los hospitales, los establecimientos escolares, las empresas, las colectividades territoriales, todo el mundo asociativo, todas las profesiones artesanales o liberales.

Pero lo más importante es que la dinámica del Lyannaj —que consiste en realizar alianzas y realianzas y ligar todo lo que, hasta el momento, no era solidario— procura aliviar el sufrimiento real del mayor número de ciudadanos (confrontados con concentraciones económicas delirantes comprometidas entre sí y que sólo piensan en sus ganancias) y coincide con aspiraciones difusas, pero no por eso menos reales, que todavía no han sido claramente expresadas por ciertos sectores como el de los jóvenes, los mayores de 60 años, los olvidados, que permanecían invisibles al igual que otros desposeídos que han sufrido siempre los males indiscifrables de nuestras sociedades. La mayor parte de quienes ahora desfilan en masa descubren (o recuerdan) que se puede exigir lo que se considera imposible, o bien ofrecer el trono de nuestro renunciamiento a la fatalidad. Esta huelga es, por lo tanto, más que legítima y más que bienhechora, y quienes desfallecen, contemporizan, tergiversan y fallan cuando se trata de aportar repuestas decentes, se empequeñecen y se condenan.

Detrás del prosaico “poder de compra” o de la “canasta básica” se perfila aquello, esencial, que nos falta y que da sentido a la existencia, a saber: lo poético. Toda vida humana un poco equilibrada se articula entre, por un lado, las necesidades inmediatas del beber-sobrevivir-comer (es decir lo prosaico) y, por otro, la aspiración a una expansión hacia una dimensión donde el alimento es la dignidad, el honor, la música, el canto, el deporte, la danza, las lecturas, la filosofía, la espiritualidad, el amor, el tiempo libre dedicado a la realización del gran deseo íntimo (es decir: lo poético). Tal como propone Edgar Morin, el vivir por vivir como el vivir para sí mismo no llevan al estado de plenitud si no se acompañan por el hacer vivir lo que amamos: ciertos imposibles y ciertas superaciones a las que aspiramos.

El “alza de precios” o “la vida cara” no son pequeños diablos-ziguidi que surgen frente a nosotros en un acto de crueldad espontánea, o de la pantorrilla de algunos bekés. Son los resultados de las dentelladas feroces de un sistema en el que reina el dogma del liberalismo económico. Este último se ha apoderado del planeta y pesa sobre la totalidad de los pueblos y preside todos los imaginarios. Ha operado una suerte de depuración de signo negativo, no tanto una depuración étnica sino una “depuración ética” (es decir, ha suscitado desencanto, desacralización, desimbolización, deconstrucción cultural) en todas las instancias de la vida.

Este sistema ha confinado nuestras existencias en individuaciones egoístas que suprimen todo horizonte y condenan a dos miserias profundas: ser “consumidor” o ser “productor”. El consumidor sólo trabaja para consumir su fuerza de trabajo transformada en mercancía; y el productor reduce su producción a la única perspectiva de ganancias sin límite orientadas hacia consumos ilusorios, también sin límites. El conjunto desemboca en esa socialización antisocial de la que hablaba André Gorz,



Les Anses-d'Arlet, Martinica

donde lo económico deviene su propia finalidad y deserta de todo el resto.

Los “productos” de alta necesidad

Entonces, cuando lo “prosaico” no se abre a las elevaciones de lo “poético”, cuando no deviene su propia finalidad y se consume de esta manera, tenemos tendencia a creer que las aspiraciones de nuestra vida, y su necesidad de sentido, pueden limitarse a esos códigos de barra que representan el “poder de compra” o “la canasta básica”. Peor aún: terminamos por pensar que la gestión virtuosa de las miserias más intolerables depende de una política humana o progresista. Resulta, por lo tanto, urgente escuchar los “productos de primera necesidad” con otra categoría de provisiones o de factores que configuran una “alta necesidad”.

A través de esta idea de “alta necesidad” llamamos a tomar conciencia de lo poético, ya presente en un movimiento que, más allá del poder de compra, proviene de una exigencia existencial real, de una llamada muy profunda a lo más noble de la vida. ¿Qué se considera como productos de alta necesidad? Todo aquello que constituye nuestro deseo de ser un pueblo o una nación, de adquirir dignidad en la gran escena del mundo, elementos que no forman parte, todavía, de las negociaciones en Martinica y Guadalupe ni tampoco están previstos en las de Guyana y Reunión. No habrá verdaderos avances sociales si no se contempla este deseo.

Todo avance social real sólo se realizará a través de una experiencia política capaz de extraer lecciones estructurantes de los hechos ocurridos. Este movimiento ha puesto en evidencia el trágico desmigajamiento

institucional de nuestros países y la ausencia de poder que le sirve de osamenta. Lo determinante o lo decisivo se obtiene a través de viajes o de llamadas telefónicas. La competencia sólo llega a través de emisarios. El atrevimiento y el desprecio merodean en todos los estamentos del poder. El alejamiento, la ceguera y la deformación presiden los análisis de los funcionarios del gobierno. El embrollo de los pseudo-poderes Región-Departamento-Prefectura, tanto como la reciente asociación de alcaldías, han mostrado su impotencia, su desmoronamiento, cuando una reivindicación masiva y seria surge en una entidad cultural histórica, identitaria, humana, distinta a la de la metrópolis administrativa, cuyas características particulares nunca fueron consideradas. Los slogans y las peticiones saltaron por encima de nuestros “presidentes locales” para ser tratadas fuera del territorio. Lamentablemente, toda victoria social obtenida de esta manera (en este salto por encima de nosotros mismos), no hará más que reforzar nuestra asimilación y confirmar al mundo nuestra inexistencia y la de nuestros pseudo-poderes.

Contra la lógica del sistema liberal de mercado

Este movimiento deberá florecer en una visión política que deberá, a su vez, abrirse a una fuerza política de renovación y de proyección apta para hacernos acceder a la responsabilidad de nosotros por nosotros mismos y al poder de nosotros por nosotros mismos. Incluso si este poder no resuelve verdaderamente ninguno de los problemas planteados, nos permitiría por lo menos abordarlos con sana responsabilidad en lugar de aceptar el sistema actual de subordinación y subcontratación. La cuestión beké y la de los guetos que germinan aquí y allí es un pequeño problema que una responsabilidad política endógena podría resolver.

El problema de la repartición y protección de nuestras tierras también, así como el del tratamiento preferencial a nuestros jóvenes. También sabríamos tratar mejor otras cuestiones como las plagas producidas por las drogas.

El déficit de responsabilidad crea amargura, xenofobia, miedo al otro, falta de confianza en sí mismo. La cuestión de la responsabilidad es entonces un tema de alta necesidad. Es en la irresponsabilidad colectiva que anidan los bloqueos persistentes a las actuales negociaciones. Y es ejerciendo la responsabilidad que se generan la invención, la creatividad, la necesidad de encontrar soluciones endógenas practicables. Es ejerciendo la responsabilidad que el fracaso o la impotencia se transforman en experiencia y madurez. Es ejerciendo la responsabilidad que se llega a lo esencial, tanto en el plano analítico como en el militante, más rápidamente y más positivamente.

Además, existe la alta necesidad de comprender que el laberinto oscuro y enmarañado de los precios (márgenes, sub-márgenes, comisiones ocultas y ganancias indecentes), está inscrito en una lógica del sistema liberal de mercado que se extendió por todo el planeta con la fuerza ciega de una religión. Este laberinto está además engarzado en absurdos colonialismos que nos han alejado de la realidad de nuestros países, de nuestro entorno más próximo, de nuestras formas alimentarias y de nuestras realidades culturales, para arrojarnos desnudos en medio de las formas de vida europeas y sus costumbres de consumo. Es como si Francia se las hubiera arreglado para formatear nuestros países con el fin de comerciar sus productos a través de miles y miles de kilómetros. Negociar en este cuadro colonial absurdo con la insondable cadena de operadores e intermediarios, puede mejorar algunos sufrimientos inmediatos, pero el ilusorio beneficio de estos acuerdos será rápidamente barrido por el principio del “Mercado” y por todos sus mecanismos complementarios, que crean una nube de voracidades (de ganancias nutridas por “el espíritu colonial” y reguladas a distancia) que los primeros congelamientos de precios, reducciones oportunistas, arreglos “virtuosos”, no lograrían encauzar.

Hay, para nosotros, una alta necesidad de preservar nuestra vida caribeña, con nuestras importaciones y exportaciones vitales, de pensarnos latinoamericanos para la satisfacción de nuestras necesidades, de nuestra autosuficiencia energética y alimentaria. La otra muy alta necesidad es la de inscribirnos en una actitud contestataria radical frente al capitalismo contemporáneo, que no es más que una perversión con la plenitud histérica de un dogma. La alta necesidad consiste en tratar de sentar las bases de una sociedad no económica en la cual la idea de desarrollo y crecimiento continuo sería descartada en beneficio de la idea de plenitud, en la cual empleo, salario, consumo y producción serían lugares de creación y perfeccionamiento humano. Si el capitalismo ha creado ese Frankenstein

consumidor que se reduce a su canasta de necesidades, engendra también lamentables “productores” —jefes de empresa, contratistas y otros socio-profesionales ineptos— incapaces de estremecerse frente al sufrimiento y la imperiosa necesidad de otro imaginario político, económico, social y cultural. Aquí no existen campos diferentes: somos todos víctimas de un sistema borroso, globalizado, que debemos enfrentar juntos. Obreros y pequeños patrones, consumidores y productores, llevan en ellos, en forma silenciosa pero irreductible, esta alta necesidad que debemos despertar: la de vivir la vida, en la elevación constante hacia lo más noble y más exigente, hacia la mayor plenitud.

Ello equivale a vivir la propia vida en toda la amplitud de lo poético. Se puede someter el desabastecimiento alimentario comiendo sano y cambiando la dieta. Se puede prescindir del SARA y las compañías petroleras, rompiendo con toda la industria automotriz. Se puede encauzar a las agencias proveedoras de agua y sus precios exorbitantes controlando el consumo, ahorrando hasta la última gota y buscando fuentes naturales sin esperar que nos ofrezcan como un producto precioso un tesoro que en realidad pertenece a todos. Pero no se puede vencer a lo prosaico si se permanece en la caverna de lo prosaico, hay que abrirse a lo poético cultivando la solidaridad y la sobriedad. Si procedemos de esa manera, ninguna de esas instituciones tan arrogantes y poderosas hoy en día (bancos, firmas transnacionales, latifundios, empresarios de la salud, telefonía móvil...) sabrán ni podrán resistir.

En cuanto al tema de los salarios y el empleo: aquí también es necesario determinar la alta necesidad. El capitalismo contemporáneo reduce la participación salarial a medida que aumenta su producción y sus ganancias. El desempleo es una consecuencia directa de la disminución de su necesidad de mano de obra. Cuando busca en el exterior nuevos lugares para expandirse, no es para encontrar mano de obra abundante, sino para conseguir un derrumbe acelerado de la participación salarial. Toda deflación salarial produce ganancias que se vuelcan al gran juego de las finanzas. Reclamar un aumento de salario no es ilegítimo: es el principio de una equidad que debe alcanzar escala mundial. En cuanto a la idea de “pleno empleo”, ésta ha sido clavada en nuestros imaginarios a través de las necesidades del desarrollo industrial y de las alteraciones éticas que lo acompañaron. En sus orígenes, el trabajo estaba inscrito en un sistema simbólico vinculado con lo sagrado (de orden político, cultural, personal) que determinaba sus alcances y su sentido. Bajo el régimen capitalista ha perdido su sentido creador y su virtud de expansión y realización de la persona, en la medida en que se transformaba en un simple empleo y en la columna vertebral de nuestras semanas y nuestros días, en detrimento de todo el resto. El trabajo acabó perdiendo toda significación cuando, transformado él

mismo en simple mercadería, se convierte en simple instrumento de consumo...

Una visión política magnetizada por la utopía

Estamos ahora en el fondo del pozo. Debemos, entonces, reinstalar el trabajo en el sentido poético. Es necesario crear un lugar de realización, de invención social y de creación, aunque resulte difícil, complejo y aunque no sea sino un útil más, entre otros. Hay infinidad de competencias, de talentos, de creatividades, de locuras bienhechoras que, en este momento, se encuentran esterilizadas en los pasillos de la ANPE y en los campos de concentración sin alambres de púa del desempleo estructural engendrado por el capitalismo. Incluso, cuando nos hayamos desembarazado del dogma mercantilista, los avances tecnológicos (orientados a la sobriedad) nos ayudarán a transformar el valor trabajo en una suerte de arco iris que irá desde el simple útil accesorio, a la ecuación de una actividad de alta incandescencia creativa.

El pleno empleo no será lo prosaico productivista, se orientará a la creación de nuevas relaciones sociales, auto-producción, tiempo libre, consolidación de solidaridades, en compartir los bienes, en sostener a los más desmantelados, en revitalizar la ecología de nuestro entorno... Se orientará hacia todo aquello que hace que “la vida valga la pena de ser vivida”. Habrá trabajo e ingresos de la ciudadanía en todo aquello que resulta estimulante, que ayuda a soñar, que lleva a meditar, que instala aires musicales, que orienta en paseos al país de los libros, de las artes, del canto, de la filosofía, del estudio o del consumo de alta necesidad que converge con la creación. En valor poético no existe ni desempleo, ni pleno empleo, ni asistencialismo, sino autoregeneración, autoreorganización, en todos los niveles, para todos los talentos y todas las aspiraciones. En valor poético el PIB de las sociedades económicas revela su brutalidad.

Esta es la primera canasta básica que aportamos a todas las mesas de negociaciones y a sus prolongaciones: que el principio de gratuidad sea aplicado a todo aquello que supone una liberación de las cadenas, una amplificación del imaginario, un estímulo a las facultades cognitivas, una realización de las capacidades creativas para todos, un arranque impetuoso del espíritu. Que este principio balice los caminos que conducen hacia el libro, las narraciones, el teatro, la música, la danza, las artes visuales, las artesanías, la cultura y la agricultura. Que este principio se inscriba en el porche de los jardines de infantes, de las escuelas, de los liceos, de los colegios, de las universidades y de todos los lugares de conocimiento y formación. Que sirva para inspirar usos creativos acerca de las nuevas tecnologías y del ciberespacio. Que favorezca todo tipo de relaciones (encuentros, contactos, cooperaciones, interacciones,

recorridos que orienten) con las virtualidades imprevisibles de Todo el Mundo... Es la gratuidad la que permitirá a las políticas sociales y culturales públicas determinar la amplitud de las excepciones. Es a partir de este principio que debemos imaginar escalas no mercantiles que vayan desde lo totalmente gratuito a la participación reducida o simbólica, desde el financiamiento público al financiamiento individual y voluntario... Es la gratuidad y su principio, que debería instalarse en los fundamentos de nuestras sociedades nuevas y de nuestras solidaridades ideales.

Proyectemos nuestros imaginarios hacia esas altas necesidades hasta que la fuerza del Lyannaj o bien del vivir-juntos ya no sea sólo una “canasta familiar”, sino la múltiple preocupación de una idea plena de lo humano. Imaginemos juntos un marco político de responsabilidad plena en las nuevas sociedades de Guadalupe, Martinica, Reunión, Guyanas, que forme parte de las luchas planetarias contra el capitalismo y por un mundo ecológicamente nuevo. Aprovechemos la actual conciencia, profundamente abierta, para que las negociaciones se nutran, se prolonguen y se abran, en estas naciones que son las nuestras, en un florecimiento y una audiencia totales. *An gwan lodyans*, a no temer los temblores de la utopía ni desertar de ellos. Reclamamos esas utopías en las que lo Político no será reducido a la gestión de las miserias inadmisibles ni a la regulación de las salvajadas “del Mercado”, en las que su esencia esté puesta al servicio de todo aquello que confiere un alma a lo prosaico, superándolo o instrumentalizándolo de la manera más eficaz.

Reclamamos una alta política o un arte político que instale al individuo y su relación con el Otro en el centro de un proyecto común en el que reinen las mayores, más intensas y brillantes exigencias de la vida y, por lo tanto, las más sensibles a la belleza. Así, queridos compatriotas, desembarazándonos de los arcaísmos coloniales, de la dependencia y el asistencialismo, inscribiéndonos resueltamente en la expansión ecológica de nuestros países y del mundo que vendrá, condenando la violencia económica y el sistema mercantilista, naceremos al mundo con una visión dirigida hacia el post-capitalismo y hacia una relación ecológica global centrada en el equilibrio del planeta... He aquí nuestra visión: seremos pequeños países, situados repentinamente entre los primeros ejemplos de sociedades post-capitalistas capaces de realizar una expansión humana en la que se inscribe la plenitud de la vida. ☐

Guadalupe, Martinica, 2009

Los signatarios: Ernest Breleur, Patrice Chamoiseau, Serge Domi, Gérard Delver, Edouard Glissant, Guillaume Pigéard, Olivier Portecop, Olivier Pulvar, Jean-Claude William